

EL ESPERPENTO DE “LA REFORMA DE LA REFORMA”

Febrero de 2022

El esperpento final de la convalidación del decreto ley con “la reforma de la reforma laboral” ha puesto de manifiesto **la imposibilidad casi metafísica de esta legislatura parlamentaria**, si es que las muchas situaciones límite que se han dado con anterioridad no lo hubieran dejado claro todavía. El que su convalidación saliese con un solo voto, emitido telemáticamente y no sabemos si de forma errónea o con intención de romper la disciplina de voto, el error de la presidenta del Congreso en su primera lectura del resultado, el incumplimiento del voto anunciado por un partido y las múltiples lecturas simplistas de los motivos del suyo por otros grupos parlamentarios han puesto de manifiesto que la situación política de España es todo lo que se quiera menos normal y de estabilidad.

En contraste con este esperpento, **las organizaciones empresariales y las centrales sindicales habían dado a lo largo de muchos meses ejemplo de seriedad** en unas negociaciones que partían de posiciones muy distantes, por lo que, el que concluyeran con acuerdo ya era merecedor de respeto total por parte de todos los partidos políticos y por el gobierno, que había prometido una derogación que no se puede permitir si quiere acceder a la financiación de la Unión Europea para el plan de salida de la crisis en que se encuentra la economía española.

La mayor parte de los concededores de esta materia reconoce que **la mera existencia del acuerdo es, precisamente, su mejor virtud** y, aunque se puedan plantear numerosas objeciones a él, no deja de ser un esfuerzo por llevar a la normativa lo que ya ha sido aceptado en la práctica de la vida laboral y en la jurisprudencia, lo que podría tener un efecto balsámico sobre unas relaciones laborales tan sometidas a tensión como las de este país. Una tensión que, en mi opinión, proviene de varios hechos que inciden en que **la economía española se vea incapaz de generar el empleo que se le demanda** desde la sociedad, hechos que pueden resumirse en los cambios tan profundos que se vienen produciendo en el mundo en estos tiempos, en que la empresa española sigue teniendo grandes carencias (en número de empresas y tamaño, formación, consideración social, etc) y que en la sociedad y en los trabajadores no se ha aceptado la importancia de disponer de un tejido empresarial fuerte, innovador y bien financiado.

Todo el esfuerzo desplegado por los agentes económicos y sociales se estaba viniendo abajo por los intereses muy particulares de muchos de los partidos políticos, consideración que afecta tanto al principal de la oposición, el **Partido Popular**, como a buena parte de los apoyos del gobierno. En mi opinión, **la oposición más extraña** es la del

primero, porque parece desautorizar con ella a las organizaciones empresariales, que son las más afectadas por la materia de la negociación y que, en un proceso que han peleado a “cara de perro” y en el que se han encontrado solos frente a las otras dos partes (era evidente la entente establecida entre gobierno y sindicatos), ha sabido resistir y obtener resultados impensables de haberse desarrollado el proceso de otra manera.

No me extraña nada la postura de los apoyos del gobierno, en especial, los grupos nacionalistas. Porque, por mucho que lo prediquen, no es el objetivo de estos partidos ni mejorar las condiciones de los trabajadores ni resolver en armonía los conflictos que se presentan en el ámbito laboral, sino exacerbarlos para, en su caldo de cultivo, pelear por los suyos propios y decirles a sus clientes lo malo que es el escenario político español y lo beneficioso que sería si ellos tuvieran el suyo propio.

Como bien dice José Antonio Zarzalejos en “El Confidencial”, “lo que ocurrió fue la plasmación de la España imposible e irredenta. **Porque no se puede depositar en los partidos que pretenden la ruptura de la Constitución el arbitraje en el gobierno de la nación**”.

En este esperpento se ha echado en falta también seriedad en el partido que sustenta a la vicepresidenta segunda y ministra de Trabajo, negociadora del acuerdo conseguido; esa falta de seriedad está en el **escaso esfuerzo que han mostrado sus otros líderes** (Iglesias, Echenique, Belarra, Montero...) en que el acuerdo salga adelante. Estoy seguro de que si hubiéramos estado en la etapa de vicepresidente de Pablo Iglesias el acuerdo no hubiera sido posible, no porque Yolanda Díaz sea más razonable que él, sino porque, más inteligente (y, tal vez, más atenta a lo que le han enseñado los sindicatos de la necesidad de contar con los empresarios), sabe que sin éstos no hay ni economía, ni empleo. Y, por otro lado, si a ella el antiguo líder le ha encargado la misión de convertir a los restos de Podemos en partido de gobierno, no tiene más remedio que buscarse “amigos” (y posibles votantes) fuera de los apoyos con los que ahora cuenta el gobierno. Porque los actuales no sirven para aquel propósito que manifestó el entonces vicepresidente primero Iglesias de “incorporarlos a la dirección del Estado”; o sí sirven, pero para dirigirlo hacia el abismo.

Pero la actitud de la misma Yolanda Díaz me parece poco fiable. Es de muy escasa dignidad ofrecer llevar adelante cuestiones relacionadas con el marco laboral en otras negociaciones y, debería saber, que, de hacerlo, tendría repercusiones en la aplicación de lo acordado en ésta. Y es evidente que para cualquiera que se asome a los tejemanejes en los que se ha metido con ERC, Bildu, PNV y los demás, la conclusión debe ser que, si el acuerdo es tan bueno para los trabajadores como ella dice, pero esto no les importa un pimiento a esos socios que se autocalifican de izquierda, debería hacerle dudar un poco de ello ¿no? Su insistencia en las conversaciones con éstos y el desprecio total del apoyo de Ciudadanos y otros grupos menores no de la izquierda dejan la impresión de que **no ha**

sabido sacar las consecuencias lógicas de lo ocurrido. Significativo ha sido el que olvidara completamente esos apoyos en su discurso en el Parlamento, mientras se deshacía en agradecimiento y buenas palabras hacia los nacionalistas.

Aunque no es este el tema que quiero desarrollar, me parece razonable que exponga sucintamente mi parecer sobre el resultado de las negociaciones; es muy sencillo, porque parto de que **lo bueno es casi siempre lo posible** y mucho mejor que lo maravilloso por demostrar. Es decir, me parece bien lo acordado, porque recorta algunas de las exageraciones de la reforma del PP hecha en un contexto de crisis profunda del mercado de trabajo en la que se necesitaba reavivar la creación de empleo y, por otro lado, mantiene las medidas de flexibilidad que se aplicaron y que, mal que bien, acompañaron la etapa de salida de la Gran Recesión.

Otra cosa muy distinta es que ese acuerdo entre las patronales y los sindicatos sirva para resolver los problemas de la economía española y de su mercado laboral. Este análisis es diferente y me parece que el tiempo pondrá de manifiesto si “la reforma de la reforma” es tan maravillosa como dice la vicepresidenta segunda o solamente es un arreglo parcial para un mercado laboral con problemas mucho más profundos, como mencioné con brevedad al comienzo. Para serles sincero, me temo que la respuesta va a ser negativa, y me gustaría que sirviera para que los agentes económicos y sociales analizaran con desapasionamiento los motivos.

Y también me gustaría que, con esta experiencia, los partidos de izquierda (pero, sobre todo, **sus votantes y, más en especial, quiénes se califican de socialdemócratas**) se convencieran de algo que, para buena parte de la sociedad española, era evidente desde hace tiempo: que los partidos cuya aspiración es o bien segregar sus territorios del resto de España o incrementar su desvinculación de él no tienen como objetivo beneficiar a sus respectivas clases trabajadoras, sino solamente incrementar su control político e ideológico sobre las mismas, poniéndolas al servicio de sus intereses; por mucho que se pretenda disimular, ese es el objetivo eterno de todos los partidos nacionalistas que han existido a lo largo de la historia, lo que **la izquierda española más ciega de todos los tiempos parece desconocer.**

MARTÍN RÍSQUEZ